

PONENCIA FINAL DEL CONGRESO DE VOCACIONES

Un pueblo de Dios vocacional

De los sueños a los retos

Equipo de la Ponencia: Alfonso Salgado, María Ruíz, Raúl Tinajero, Luis Manuel Suárez, cfm, Juan Carlos Mateos, José María Calderón y Mons. Jesús Pulido.

1. Un Congreso vocacional: una fiesta del Espíritu
 - 1.1. Una fiesta del Espíritu
 - 1.2. Una experiencia de fe, amor y esperanza
 - 1.3. La misión es el corazón de mi identidad

2. Un pueblo vocacional: Dejar que el Señor toque el corazón
 - 2.1. Toda vocación nace en Dios, en un contexto, para el mundo
 - a) Toda vocación nace en Dios.
 - b) En un contexto
 - c) Para el mundo

 - 2.2. Toda vocación es un don
 - a) El don no se merece sino que se acoge
 - b) El don no se conquista sino que se agradece
 - c) El don no se entierra sino que se entrega

 - 2.3. Toda vocación brota de la amistad con Jesús
 - a) El Señor gusta de nuestra amistad
 - b) Tratar de amistad
 - c) Una pastoral de la amistad

 - 2.4. La Iglesia es una familia vocacional
 - a) Feliz seas Iglesia por tus laicos
 - b) Feliz seas Iglesia por tus sacerdotes
 - c) Feliz seas Iglesia por los consagrados

3. De los sueños a los retos: discernir el camino
 - 3.1. Pedir al dueño de la mies... y volver a acoger la llamada...
 - 3.2. Vivir gozosamente la propia vocación y fomentar una cultura vocacional
 - 3.3. Dar a la pastoral un alma vocacional y fomentar una organización vocacional de comunión
 - 3.4. Promover en la Iglesia la urgencia vocacional y misionera

Conclusión

- (1) En esta ponencia nos gustaría recordar lo que hemos vivido en este Congreso vocacional, compartir aquello que ha tocado nuestro corazón, y proponer algunos retos para avanzar como Iglesia misionera y vocacional.
- (2) El pueblo santo de Dios es un pueblo vocacional y es un pueblo de soñadores. «Dios habla de un modo u otro, aunque no nos demos cuenta: en sueños o visiones nocturnas, cuando cae el sopor sobre el hombre, cuando está dormitando en su cama. Abre entonces el oído del hombre e inculca en él sus advertencias» (Job 33,14-16). El Dios que llama y hace soñar es el Dios de la historia.
- (3) “El amor de Dios y nuestra relación con Cristo vivo no nos privan de soñar” (ChV 138). La Biblia habla de sueños en jóvenes y en ancianos, reyes y profetas, apóstoles y paganos. Pensemos en el patriarca José, el joven Samuel o el profeta Isaías; pensemos en San José, los apóstoles Pedro y Pablo, el anciano Ananías, o el pagano Cornelio. La Escritura dice que una vez derramado el Espíritu, los jóvenes verán visiones y los ancianos soñarán sueños (Hch 2,17; cf. Jl 3,1).

1. Un Congreso vocacional: una fiesta del Espíritu

- (4) Hace cinco años nuestras Iglesias que caminan en España pudimos vivir otro importante Congreso, en aquella ocasión era un Congreso de laicos, que en realidad fue un Congreso del Pueblo de Dios.
- (5) En aquel Congreso fuimos convocados con el lema: “Pueblo de Dios en salida” y reflexionábamos sobre la salida misionera a la que el Espíritu convoca al Pueblo de Dios, cada uno con su propia vocación pero todos juntos formando el Pueblo santo de Dios.
- (6) Recuerda estas palabras del papa Francisco: “La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, ni un adorno que pueda quitarme, no es un apéndice, ni un momento entre muchos de la existencia. Es algo que no puedo erradicar de mi ser si no quiero destruirme. Soy una misión en esta tierra, y por eso estoy en este mundo” (EG 273).
- (7) Según el papa Francisco un nexo profundo une misión y vocación. Aunque estas palabras expresan realidades distintas, es tal su nexo de unión, que en muchas ocasiones parecen palabras intercambiables. Por eso podemos decir que una Iglesia misionera es una Iglesia vocacional y que una iglesia vocacional es una Iglesia misionera.
- (8) Esta razón justifica el Congreso vocacional que hemos vivido juntos laicos, obispos, sacerdotes y consagrados. En esta ocasión hemos sido

convocados con el lema: “¿para quién soy?”. Si recordáis, en la exhortación *Christus vivit* el papa Francisco tiene un texto maravilloso que lleva el título “Tu vida para los demás” (ChV 253-258). En la vida cristiana cuando preguntamos “¿para quién soy?” emerge inmediatamente esta respuesta: “tu vida para los demás”.

1.1. Una fiesta del Espíritu

- (9) Desde Pentecostés sabemos que el Espíritu Santo reparte entre el pueblo de Dios dones, ministerios y carismas; envía a la Iglesia a la misión universal; incendia el mundo con el fuego de la alegría.
- (10) Hemos vivido una fiesta del Espíritu porque hemos experimentado que toda vocación cristiana, asumida y entregada, es un mensaje de alegría para la Iglesia y para el mundo, un mundo que en ocasiones muestra un rostro a-vocacional o incluso anti-vocacional.
- (11) En Pentecostés la Iglesia se presentó con un rostro vocacional por la recepción de los dones del Espíritu y mostró su rostro misionero por la acogida del envío misionero para extender el Reino. En Pentecostés el Espíritu regala diversas vocaciones y envía a la misión.
- (12) En muchas ocasiones el papa Francisco, cuando habla de misión y cuando habla de vocación, propone una salida de sí. El santo Padre habla de una salida misionera (EG 20) y entiende la vocación como una llamada al servicio misionero hacia los demás (ChV 254).
- (13) Con palabras profundas utiliza la palabra “*éxtasis*”. ¿Qué es lo que entiende? Por “*éxtasis*” entiende la salida de nosotros mismos hacia Dios y hacia los demás. Cuando hablamos sobre vocación lo primero que hacemos es mirar a Dios quien llama y también a los demás a quienes el Señor nos envía. Dios llama no a crear un grupo de selectos sino a salir de nosotros mismos hacia los demás mediante el servicio misionero.
- (14) Dios llama por amor y su llamada envía a extender el amor. La llamada de Dios que toca nuestro corazón se sustancia en un mandato. Lo podríamos decir de muchas maneras: el amor es la fuente de donde brota la llamada y es el mandato que hemos recibido. En esencia la misión no es otra cosa que inundar el mundo de fe, amor y esperanza.

1.2. Una experiencia de fe, amor y esperanza

- (15) Hemos vivido una experiencia de fe, amor y esperanza. La fe es el fuego vivo que genera la acción pastoral de la Iglesia. El amor es el latido del corazón donde nace la vida cristiana porque sabemos que “Dios es amor” (1 Jn. 4,7). La esperanza tiene su casa en la fe y el amor, su

fundamento es Dios mismo (Spes Salvi 31), y hace de nosotros peregrinos de la esperanza.

- (16) Hemos vivido una experiencia de fe, esperanza y amor. Lo hemos podido experimentar en la celebración de la Eucaristía, pero también han llegado a nosotros en los itinerarios, ponencias, testimonios, experiencias, talleres. Hemos podido experimentarlo en los momentos que hemos tenido para compartir reflexiones, conversaciones y vida, mucha vida, en realidad la vida del Espíritu en nosotros para el bien del mundo.

1.3. La misión es el corazón de mi identidad

- (17) Esta manera de entender la misión tiene consecuencias no fuera de nosotros sino en nosotros mismos. La misión es el corazón de mi identidad. Por eso mismo, no "tengo" una misión, sino que "soy una misión". No existo para mí sino para los demás. Los talentos que se me han dado no son para mi bienestar sino para el servicio. "Soy una misión", y por eso "tu vocación no consiste sólo en las actividades que tienes que hacer, aunque se exprese en ellas. Es algo más, es un camino que dirigirá muchos esfuerzos y acciones hacia una dirección de servicio" (ChV 255).

- (18) En esta ponencia hablaremos de vocación, carismas y ministerios. Entendemos por vocación que todos "somos llamados por el Señor a participar en su obra creadora, prestando nuestro aporte al bien común a partir de las capacidades que recibimos" (ChV 253). Los carismas "son dones para renovar y edificar la Iglesia... son regalos del Espíritu integrados en el cuerpo eclesial, atraídos hacia el centro que es Cristo, desde donde se encauzan en un impulso evangelizador" (EG 130). Y los ministerios son "una forma visible y tangible de servicio directo a la comunidad cristiana en múltiples expresiones, hasta el punto de ser reconocidos como una diaconía indispensable para la comunidad" (Antiquum ministerium 2).

2. Un pueblo vocacional: Dejar que el Señor toque el corazón

- (19) Somos un pueblo vocacional. Lo somos por gracia, es decir, por el don que hemos recibido. En su más radical esencia, el ser humano es un ser amado por Dios y, por eso mismo, es un ser llamado. Siempre que Dios ama, llama y, como bien sabemos, Dios siempre está amando, por lo tanto siempre está llamando.

- (20) Es cierto que el Señor siempre respeta nuestra libertad, podemos acoger o rechazar su llamada, por eso es urgente dejar que el Señor toque nuestro corazón. Según el papa Francisco "se podría decir que, en último término, yo soy mi corazón, porque es lo que me distingue, me configura

en mi identidad espiritual y me pone en comunión con las demás personas” (DN 14).

(21) Fijémonos en Bartimeo quien permitió que el Señor tocara su corazón. Lo cuenta el evangelio de San Marcos. En una ocasión, Jesús se encontró con un hombre ciego que estaba al borde del camino. Este hombre vivía en dificultades porque no conseguía ver, y pidió a Jesús la curación. San Marcos dice que Jesús tocó sus ojos y lo curó. Jesús tocó sus ojos, sus sentidos, podríamos decir que tocó su corazón, y lo curó. Una vez sanado lo seguía por el camino (Mc 10, 52).

(22) El Señor toca nuestro corazón. “Ese mismo Jesús hoy espera que le des la posibilidad de iluminar tu existencia, de levantarte, de llenarte con su fuerza... Siempre encuentra alguna manera para manifestarse en tu vida, para que puedas encontrarte con él” (DN 38).

2.1. Toda vocación nace en Dios, en un contexto, para el mundo

(23) Partamos de lo más sencillo: Toda vocación nace en Dios, toca el corazón del ser humano en un contexto determinado, y es una llamada para el bien del mundo.

a) Toda vocación nace en Dios.

(24) “La vida de todo hombre es una vocación dada por Dios para una misión concreta” (PP 15). Toda iniciativa vocacional viene de Dios quien ha querido crear el mundo y revelarse a sí mismo. Dios ha querido que su revelación sea escuchada en un terreno humano. De esta manera podemos ver la vocación como el pleno florecimiento de mi propio ser. Es decir la vocación no es un traje que me pruebo y me sienta bien, sino que, por el contrario, es mi propia identidad, esa identidad que Dios, nuestro creador y Padre, tiene en su corazón para el pleno florecimiento de sus hijos. Nosotros somos su gloria, como hombres y mujeres que viven plenamente su vida.

b) En un contexto

(25) La llamada vocacional toca el corazón de una persona en un concreto contexto vital y cultural. Este contexto está dibujado por las circunstancias de la vida, la propia historia y biografía, el mundo donde vivimos. El apóstol Pablo decía que en el camino de Damasco “le alcanzó Cristo el Señor” (Fil 3, 10). El encuentro con Cristo es fundamental para entender el sentido de la llamada. Ninguna vocación llega a la madurez sin un encuentro personal con Cristo. El contexto vital del apóstol Pablo queda expresado por el “camino de Damasco”. En realidad cada uno de

nosotros tiene su propio “camino de Damasco”, el lugar donde se hace clara la llamada, en momento del encuentro con el Señor.

c) Para el mundo

- (26) Toda vocación es una llamada con un “para”: una finalidad, un sentido, un proyecto. La vocación “es en definitiva reconocer para qué estoy hecho, para qué paso por esta tierra, cuál es el proyecto del Señor para mi vida. Él no me indicará todos los lugares, los tiempos y los detalles, que yo elegiré prudentemente, pero sí hay una orientación de mi vida que Él debe indicarme porque es mi Creador, mi alfarero, y necesito escuchar su voz para dejarme moldear y llevar por Él. Entonces sí seré lo que debo ser, y seré también fiel a mi propia realidad” (ChV 256). El “para” al que Dios nos llama no consiste en una dedicación a uno mismo sino a los demás. En la Biblia queda claro que toda vocación lleva al descubrimiento de la propia responsabilidad en la salvación de los demás. Convertirse en apóstol es signo de la madurez del verdadero discípulo.

2.2. Toda vocación es un don

- (27) Todo lo dicho hasta ahora nos lleva a afirmar que toda vocación es un don. Es muy clarificador para el ser humano que al mirar su propia existencia pueda reconocer que lo más importante en su vida aparece como un don. En realidad en algún momento reconocemos como don: la vida, el amor, la amistad, la fe, la misión, la vocación. Uno descubre como una gran iluminación que lo importante en la vida se presenta como don y como consecuencia nos situamos en esta senda.

- (28) Al transitar esta senda descubrimos que todo se ha iniciado en Dios mismo, generoso donador. “Por la gracia de Dios soy lo que soy” (1 Cor 15,10). El creyente afirma que de Dios procede todo don y que el ser humano recibe inmerecidamente la iniciativa salvífica de Dios. El creyente descubre que Dios nos envuelve con su gracia y se llena de gozo al experimentar que Dios se acerca a nosotros con sus dones.

a) El don no se merece sino que se acoge

- (29) Ningún don se merece sino que lo propio es acogerlo. En este sentido, podemos decir que ninguno de nosotros merecemos la vocación que Dios le ha regalado pero también decimos que todos tenemos la capacidad de acoger dicha vocación. En realidad esta afirmación llevaría a decir que más que elegir lo que hacemos es acoger la voluntad de Dios. Podríamos afirmar que cuando estamos eligiendo lo que realmente estamos haciendo es acogiendo la llamada de Dios. La elección es acoger el don. La vocación de María de Nazaret lo expresa con claridad: “He aquí la Esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Luc. 1,38).

b) El don no se conquista sino que se agradece

(30) En el dinamismo vocacional no es importante la conquista sino el agradecimiento. El evangelio cuenta la historia de diez leprosos que se acercaron a Jesús pidiendo ser curados, el Señor atendió su petición y mandó que se presentasen a los sacerdotes como prescribía la ley. Aquellos leprosos recibieron una gran gracia, pero solo uno, que además era samaritano, regresó para agradecerse al Señor (Lc. 17,11-19). La gracia lleva al agradecimiento. Es bueno que cada uno de nosotros demos gracias a Dios por la llamada que hemos recibido: a la vida, al amor, a la vida cristiana, a la vocación. La gratitud hace este mundo más humano. La vocación, vivida como gracia y desde el agradecimiento, es un faro luminoso para un mundo mercantilista, que promueve las conquistas y los logros, y no admite el fracaso y la fragilidad. Después de acoger la llamada María exulta de gozo con un canto de acción de gracias, el Magnificat.

c) El don no se entierra sino que se entrega

(31) Cuando el don llega a lo profundo de la persona mueve la vida a la donación. Primero necesitamos en nosotros una disposición para acoger el don y después viene la donación. En realidad damos aquello que hemos recibido. En este sentido no podemos enterrar los dones recibidos sino que los entregamos como donación. La vocación que hemos recibido, y que hemos acogido, se convierte en una donación, una entrega, un compromiso de amor al prójimo, una colaboración con la misión del Señor. María entregó al mundo a Jesús, el don que se había encarnado en sus entrañas.

2.3. Toda vocación brota de la amistad con Jesús

(32) Entendemos que toda vocación cristiana brota de la amistad con Jesús. Es hermoso constatar que la vocación cristiana consiste en vivir junto a Jesús y como Jesús, gozando de su amistad. Una amistad inmerecida por nuestra parte que es muestra de su amor y fidelidad. Dice el papa Francisco que “aceptar su amistad es cuestión de corazón y eso nos constituye como personas en el sentido pleno de la palabra” (DN 25).

(33) La vocación es acoger y vivir la amistad con Jesús. Toda vocación invita a entrar en amistad con Dios, como el mismo Jesús ha dicho a sus discípulos. San Ireneo decía que “la amistad de Dios nuestro Señor, el Verbo de Dios, llevó primero a los hombres a servir a Dios, y luego, de siervos los hizo amigos suyos, como dijo a sus discípulos: ‘Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; sino que os he

llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer' (Jn 15.15). La amistad de Dios es una de las más bellas experiencias de la vida creyente.

a) El Señor gusta de nuestra amistad

(34) Él nos habla con la cordialidad con la que hablan los amigos. En realidad en su Palabra nos regala su amistad. Así decía el Concilio Vaticano II en uno de sus documentos más importantes: "Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía" (DV 1). Podemos recordar tantos ejemplos de amistad de Jesús con sus discípulos. A los que dijo: "Ya no os llamo siervos sino amigos" (Jn 15,15). En su Evangelio, San Juan habla de los amigos del Señor: el Bautista quien tiene que disminuir para que el Señor crezca; los discípulos que escucharon la invitación 'venid y lo veréis'; Marta y María que muestran franqueza y sencillez; Lázaro el amigo que no habla pero que provoca lágrimas en Jesús; el discípulo amado que se abre a la intimidad con el Señor. El Señor nos regala su amistad, gusta nuestra compañía, le encanta conversar con nosotros.

b) Tratar de amistad

(35) Y una manera concreta en la que nosotros descubrimos la amistad de Jesús la encontramos en la oración. Santa Teresa de Ávila decía que rezar es un "tratar de amistad con quien sabemos que nos ama". La dinámica vocacional no es una elección oportunista o pragmática, sino el fruto de un diálogo amistoso y amoroso con el Señor que ofrece un sentido pleno y definitivo a las muchas acciones que realizamos. Y que sin Él corre el riesgo de ser un terreno de dispersión, fragmentación y confusión. El encuentro orante con el Señor se caracteriza por la amistad, la gratuidad y el amor. Al orar es recomendable ser como la esponja, que hasta que no se empapa de agua, no chorrea. Es bueno empaparse de la Palabra, para que acontezca, si Dios quiere, la experiencia consoladora, la luz interior, la decisión de la voluntad.

c) Una pastoral de la amistad

(36) La pastoral vocacional es una pastoral de la amistad porque llega a nosotros como el regalo de la amistad de Jesús y propone hacer amigos del Señor. "Es tan importante la amistad que Jesús mismo se presenta como amigo... Con el mismo amor que Él derrama en nosotros podemos amarlo, llevando su amor a los demás, con la esperanza de que también ellos encontrarán su puesto en la comunidad de amistad fundada por Jesucristo" (ChV 153). El papa Francisco nos ha comprometido con la amistad social. "Propongo a los jóvenes (dice Francisco) que vayan más

allá de los grupos de amigos y construyan la amistad social, para buscar el bien común. La enemistad social destruye. Y una familia es destruida por la enemistad. Un país es destruido por la enemistad. El mundo es destruido por la enemistad. Y la mayor enemistad es la guerra" (ChV 169). La amistad social se enmarca en el ámbito de la fraternidad, promueve una compasión activa y es una práctica concreta de la esperanza.

2.4. La Iglesia es una familia vocacional

(37) Gracias al Espíritu formamos un pueblo vocacional al que pertenecemos todos los creyentes: laicos, consagrados, sacerdotes, obispos. Todos, cada uno según su propia vocación, hemos sido llamados por el Espíritu a la plenitud de la vida cristiana: la santidad.

(38) La Iglesia es el lugar donde Dios llama y donde Él se muestra. Somos una familia vocacional que tiene su raíz en el misterio de Dios trinitario. Somos familia porque inspirados en Dios nuestras relaciones son fraternas, llenas de cuidados y de amor. Somos familia vocacional porque atentos a la llamada del Espíritu favorecemos la acogida, florecimiento y maduración de todas las vocaciones eclesiales.

(39) Somos una familia vocacional gracias al bautismo. El bautismo es la raíz de la vida cristiana, la puerta de entrada de la vida en Cristo, la marca de vida en Jesús con la que se nos ha ungido. Por el bautismo todos los bautizados tenemos igual dignidad.

(40) En esta familia vocacional que es la Iglesia todos tenemos una misma vocación cristiana pero al mismo tiempo todos tenemos una vocación particular que consiste en el modo propio de ser persona y de ser cristiano. En realidad la vocación personal que recibimos cada uno de los cristianos enriquece a todos. Ninguna vocación se concreta en sí misma sino que hay que entenderla en armonía con las demás. Es como si entonáramos una sinfonía vocacional donde cada vocación ocupa un lugar concreto en el hermoso canto de alabanza a Dios que entona la Iglesia.

a) Feliz seas Iglesia por tus laicos

(41) Queremos dar gracias a Dios por la vocación laical. El laico es un bautizado que, en virtud de su vocación, forma parte del Pueblo de Dios, le es propio el sacerdocio común, y late en su corazón la caridad cotidiana en el mundo, caridad política, y en los matrimonios, caridad esponsal. "(Los laicos) viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión

guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento” (LG 31).

b) Feliz seas Iglesia por tus sacerdotes

(42) Queremos dar gracias a Dios por la vocación sacerdotal. Queremos dar gracias a Dios por nuestros obispos, sacerdotes y diáconos. El sacerdote es un bautizado que ha sido llamado al servicio del Pueblo de Dios, para anunciar el Evangelio, celebrar la liturgia y los sacramentos, siendo testigo y ministro de la misericordia, siendo hombre de comunidad y de comunión, estando unido con los obispos y el Santo Padre. En la vocación sacerdotal está Jesús en el “por nosotros”, mediación sacramental a través de la que el Señor acompaña el caminar del Pueblo santo. En el corazón sacerdotal late el amor del buen pastor y decimos su caridad es pastoral.

c) Feliz seas Iglesia por los consagrados

(43) Queremos dar gracias a Dios por la riqueza de la vocación consagrada. Queremos dar gracias a Dios por los religiosos y religiosas, monjes de monasterios, vírgenes consagradas, institutos seculares, nuevas formas de Vida Consagrada. Los consagrados son unos bautizados que han recibido una vocación de dar testimonio en el mundo de la trascendencia de Dios, de manera particular a través de la consagración y profesión de los consejos evangélicos. “Los consejos evangélicos de castidad consagrada a Dios, de pobreza y de obediencia, como fundados en las palabras y ejemplos del Señor,..., son un don divino que la Iglesia recibió de su Señor y que con su gracia conserva siempre” (LG 43). La vida religiosa tiene un valor de signo porque prefigura los bienes del cielo, dando testimonio de la vida eterna, proclamando la trascendencia de Dios, y la vida configurada con Cristo. En el corazón late un amor que llamamos caridad perfecta.

3. De los sueños a los retos: discernir el camino

(44) El discernimiento cristiano se fundamenta en la convicción de que Dios está actuando en la historia y en las personas. Y, porque Dios no está ocioso sino que está actuando, la misión de la Iglesia “es hacer posible que cada hombre y cada mujer encuentre al Señor que ya obra en sus vidas y en sus corazones” (DF 105).

(45) Llegamos a la última parte de esta ponencia. Queremos transitar el camino que va de los sueños a los retos. Al soñar nos dejamos guiar por el Espíritu Santo que guía a la Iglesia mediante signos e inspiraciones. Quien sueña guarda todo en su corazón, lo que entiende y lo que no entiende,

intentando secundar los pasos del Espíritu. Como María, la madre del Señor, también nosotros estamos llamados a guardar todas estas cosas en el corazón.

- (46) ¿Qué retos se nos presentan para ser un pueblo vocacional? ¿Cómo podemos crecer como Iglesia misionera y vocacional? ¿Cómo hacer que la pastoral vocacional nos ayude a afrontar el futuro? ¿Cómo alentar, acompañar, vocaciones laicales, sacerdotales y religiosas?

3.1. Pedir al dueño de la mies... y volver a acoger la llamada...

- (47) En realidad ser una Iglesia vocacional es un reto que nos supera. No está en nuestras manos pero si está en nuestras manos pedir al dueño de la mies que mande buenas vocaciones para la misión.

- (48) “Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia. Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, «como ovejas que no tienen pastor». Entonces dice a sus discípulos: «La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies»” (Mat. 9,35-38).

- (49) San Mateo presenta a Jesús predicando el Reino, sanando las dolencias y curando las enfermedades del pueblo. Ante la inmensidad de las necesidades, el Señor afirma que hay escasez de trabajadores para tanta mies, y propone pedir al dueño de la mies que mande trabajadores a su mies. La mies es de Dios. Nosotros tan solo somos trabajadores.

- (50) La desproporción entre el número de trabajadores y las necesidades de la evangelización siempre ha estado presente en la Iglesia, pero, quizá hoy se note más, porque la conciencia vocacional parece disminuir, incluso hay signos evidentes de una crisis vocacional.

- (51) Unos años antes de ser elegido Papa decía Benedicto XVI: “El futuro de la Iglesia vendrá solo de aquellos que tengan fuertes raíces y vivan con plenitud la propia fe. No vendrá de los que solo dan recetas. No vendrá de los que se adecuan al momento. Vendrá de los nuevos santos”. Los santos son los mejores intérpretes del tiempo presente y descubren antes que los demás la manera de seguir a Jesús en cada época.

- (52) Los santos anuncian el futuro. Tenemos necesidad de nuevos santos, de testigos del Evangelio, de personas y comunidades que muestren, con su ejemplo, las posibilidades de proyectar su vida según el Evangelio en nuestra sociedad. Este testimonio evangélico constituye el

primer servicio que ofrecer, la primera palabra de anuncio del Evangelio. Con nuestra vida podemos ayudar a descubrir, acoger y madurar el don de la vocación seglar, consagrada o sacerdotal, para bien de toda la Iglesia.

- (53) También está en nuestras manos volver a acoger la llamada y reavivar la inquietud por el Evangelio frente a la desilusión. Decía el santo Padre en el Monasterio de los Jerónimos de Lisboa en la Última JMJ: “Cuando uno se va acostumbrando y se va aburriendo y la misión se transforma en una especie de "empleo", es el momento de dejar lugar a esa segunda llamada de Jesús, que nos llama de nuevo, siempre. Nos llama para hacernos caminar, nos llama para rehacernos... No es tiempo de detenerse, no es tiempo de rendirse, no es tiempo de amarrar la barca en tierra o de mirar atrás; no tenemos que evadir este tiempo porque nos da miedo y refugiarnos en formas y estilos del pasado. No, este es el tiempo de gracia que el Señor nos da para aventurarnos en el mar de la evangelización y de la misión”.

3.2. Vivir gozosamente la propia vocación y fomentar una cultura vocacional

- (54) La vocación que hemos recibido es concreta, particular, plena. Algunos reciben la vocación seglar, otros la vocación consagrada, otros la sacerdotal.
- (55) Debemos agradecer a Dios, nuestro Padre y creador, su llamada, nuestra vocación. Y debemos agradecer las llamadas que el Señor hace a otras personas para enriquecer al Pueblo santo de Dios. No solo hay que agradecer sino también hay que intentar vivir gozosamente y con la mayor intensidad la propia vocación: laical, consagrada y sacerdotal.
- (56) Todos necesitamos de todos. Lo que lleva a conocernos, valorarnos, apoyarnos. ¿Qué podemos hacer los laicos para que haya buenas vocaciones religiosas y sacerdotales? ¿Qué podemos hacer los religiosos y sacerdotes para que haya buenas vocaciones laicales? ¿En que nos podemos ayudar unos a otros para fomentar las otras vocaciones?
- (57) Es necesario fomentar una cultura vocacional. El papa Francisco dice que "la gracia supone la cultura y el don de Dios se encarna en la cultura de quien la recibe" (EG 115). La cultura constituye el terreno fundamental de crecimiento, o de alienación y desviación, de personas y comunidades, y por tanto también el espacio privilegiado para la encarnación del Evangelio y de diálogo con otras visiones de la vida.
- (58) La cultura vocacional se caracteriza por el anuncio del Evangelio, la entrega de una antropología cristiana, la vida entendida como llamada y

servicio, donde prevalece la apertura y no la autorreferencialidad. La cultura vocacional es una cultura capaz de acoger la vida como un don que hay que recibir y agradecer, una cultura que se opone a la soberbia de quien quisiera hacerse a sí mismo y no depender de nadie, una cultura que no piensa en la tierra como una fuente de ingresos sino como un don que hay que cultivar y respetar. La cultura vocacional es una cultura donde se anuncia la belleza del matrimonio cristiano, la riqueza del compromiso laical en la vida pública, la originalidad de vocación consagrada, la necesidad de la vocación sacerdotal. En definitiva, necesitamos fomentar la cultura vocacional.

3.3. Dar a la pastoral un alma vocacional y fomentar una organización vocacional de comunión

(59) En el Sínodo sobre los jóvenes se reflexionó mucho sobre la vocación y se propuso que toda pastoral tuviera un alma vocacional. Podríamos decir que la dimensión vocacional es la dimensión más significativa de toda propuesta pastoral.

(60) Hay una relación de inclusión recíproca entre la pastoral vocacional y cualquier pastoral. Es la misma relación que existe entre la levadura y la masa. “Y volvió a decir: “¿Con qué comparar el reino de Dios? Es como la levadura, que una mujer toma y mezcla en tres medidas de harina, hasta que todo se eleva” (Lc 13,20-21). La levadura es capaz de hacer fermentar toda la masa. La animación vocacional es capaz de hacer fermentar toda la pastoral, es el alma de la pastoral, la pastoral florece gracias a su alma vocacional.

(61) La sensibilidad creyente confirma la bondad de una antropología vocacional. Y esta antropología vocacional se asienta en la antropología del don. La antropología del don tiene un carácter profético en un mundo que muchas veces se asienta en una globalización de la indiferencia. “Casi sin advertirlo, nos volvemos incapaces de compadecernos ante los clamores de los otros, ya no lloramos ante el drama de los demás ni nos interesa cuidarlos, como si todo fuera una responsabilidad ajena que no nos incumbe. La cultura del bienestar nos anestesia y perdemos la calma si el mercado ofrece algo que todavía no hemos comprado, mientras todas esas vidas truncadas por falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que de ninguna manera nos altera” (EG 54). Sobre el don ya hemos hablado en esta ponencia en varias ocasiones.

(62) Para hacer todo esto necesitamos fomentar una organización pastoral de comunión y de colaboración entre distintos sectores pastorales. En concreto está en marcha el desarrollo de un Servicio pastoral vocacional nacional (SPVn) donde participan la Comisión de laicos (con

las subcomisiones de familia y de juventud), la Comisión del clero (con la subcomisión de Seminario), la Comisión de vida consagrada, la Comisión episcopal de misiones, Confer y Cedis, así como las Comisión de Educación y Catequesis. De la misma manera, en cada diócesis se está implementando un Servicios de PV diocesano (SPVd).

- (63) En el Sínodo sobre los jóvenes se hablaba de una pastoral integrada afirmando que no era una propuesta solo para la pastoral juvenil y la pastoral vocacional. “Además, hay una exigencia de trabajar juntos con la pastoral familiar, educativa, cultural y social en torno a la construcción del proyecto personal de vida de cada bautizado». En todas partes emerge una búsqueda sincera de una mayor coordinación, sinergia e integración entre los distintos ámbitos pastorales, cuyo objetivo común es ayudar a todos los jóvenes a alcanzar la «plenitud de Cristo» (Ef 4,13)” (IL 209).

3.4. Promover en la Iglesia la urgencia vocacional y misionera

- (64) Terminamos esta ponencia haciendo una llamada al pueblo de Dios para promover en la Iglesia la urgencia vocacional y misionera.
- (65) Hablamos de urgencia en primer lugar porque quizá la conciencia vocacional y misionera pueda estar debilitándose en la Iglesia. También porque entendemos que en realidad la vida cristiana es un don que se concreta en la respuesta que personalmente damos a una llamada y que se traduce en la transmisión de la experiencia de la vida de fe. En realidad, cuando hablamos de urgencia estamos señalando una prioridad y proponemos un compromiso.
- (66) Habíamos comenzado la ponencia señalando el inseparable nexo que hay entre vocación y misión, entre la Iglesia misionera y la Iglesia vocacional. En realidad para poder ser una Iglesia misionera necesitamos hacernos conscientes del carácter vocacional que mueve toda la vida cristiana. Y promoviendo todas las vocaciones estamos haciendo posible que la llamada al envío misionero sea secundada.
- (67) Los que hemos participado de este Congreso somos embajadores de este compromiso. Nos gustaría hacer de nuestra Iglesia una Iglesia vocacional y misionera. Este es un compromiso urgente que hoy llega a nuestras familias, barrios y parroquias, pueblos y ciudades, Congregaciones e Instituciones apostólicas, diócesis y organismos eclesiales, pero, sobre todo, es una llamada a todos los que hemos podido vivir esta fiesta del Espíritu.

Conclusión

- (68) "He venido a traer fuego a la tierra; ¡y cómo quisiera que ya estuviera encendido!" (Lc 12,49). El Señor habla del fuego del amor que le habita por la presencia del Espíritu y que le recuerda toda la experiencia amorosa que ha vivido en el seno del Padre.
- (69) En el desierto de Judea Juan el Bautista proclamaba anunciando la venida del Señor: "Yo os bautizo con agua para que os convirtáis; pero el que viene detrás de mí es más fuerte que yo y no merezco ni llevarle las sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego" (Mat. 3,11). En Jesús hemos sido bautizados en el Espíritu Santo y en el fuego. No lo olvidemos nunca. El Señor arde de amor por todos, sin excluir a nadie, y quiere que todos nos contagiemos este fuego vivo para poder contagiar a otros.
- (70) Ese fuego es la evangelización a la que como bautizados hemos sido convocados, que no es otra cosa que llevar al mundo el fuego que Jesús vino a traer a la tierra. Él nos ilumina con su presencia y su poder, y sólo así nos convertimos en fuego que calienta e ilumina a todos los que encontramos. La Iglesia misionera es una Iglesia vocacional. Estamos llamados a transmitir el fuego vocacional.